

de curiosidad, se inclinó, prescindiendo de las acostumbradas fórmulas, y preguntando aprisa, con interés extraordinario.

—¿Qué tal? ¿Qué tal? ¿Fuimos á La Guardia?

—¡Ya lo creo que fui!—contestó la santa futura.

—Y... ¿esos piés?

—Bien... sin novedad... como siempre.

—Y... ¿cumplió V. toda la oferta? ¿Mettió los garbanzos?

—¡Sí por cierto!... ¿No había de meterlos, Padre, cuando la oferta en eso precisamente consistía?

—¡Hija, parece milagro!—exclamó el Padre, sorprendidísimo.

—Padre, milagro no... Porque verá usted...: Yo... Mire V.... ¡No se ría! Como los garbanzos me lastimaban tan horriblemente... que no podía... dar un paso sin desmayarme de dolor... se me ocurrió... cocerlos... y después de cocidos... ya marchó todo... como una seda... ¡como una seda... Padre!



DON FRANCISCO DE QUEVEDO

CON OCASIÓN DE UN LIBRO RECIENTE ¹.

Rectificación.—Las cañas se vuelven lanzas.—Montalbán y la *Perinola*.—El Memorial y el Padre Nuestro glosado.—Prenden á Quevedo.—Primeras impresiones del cautiverio.—San Marcos.—Segundo período.—Job y Boccio.—Salida.—Últimos años.—Temple moral adquirido en la prisión.—Muerte de Olivares.—Últimas horas.

EL autor de la obra que me sugirió la idea de escribir estas páginas, Ernesto Merimée, me suplicaba, no ha mucho, una rectificación justísima: que hiciese constar que la lastimosa opinión relativa á España y su literatura actual, manifestada en la *Introducción* de su libro, no era personal del autor, sino vulgar entre nuestros vecinos, y combatida por Meri-

¹ Véanse los núms. 18 y 19 del NUEVO TEATRO CRÍTICO.

mée en su opúsculo sobre *La enseñanza del español en Francia y particularmente en el Sudoeste*. "La literatura contemporánea española—dice allí—no está de moda en Francia; mas no por ser tan ignorada aquende el Pirineo es menos apreciable, ya que en poseerla se daría por muy honrada cualquier nación de Europa.", Robustece esta afirmación Merimée con una lista de nombres, y termina el párrafo diciendo: "Sin remontarnos al brillante período del romanticismo, hay en tal conjunto lo que basta á demostrar que la literatura española está viva y muy viva, á despecho de nuestra ignorancia, por la cual descollamos entre las naciones europeas.", Sin necesidad de tal profesión de fe, sabía yo de buena tinta que Merimée no nos cree difuntos. Basta, sin embargo, para justificar mi impresión de tristeza, el que nos ignoren tan por completo nuestros vecinos, y el que personas como el doctísimo profesor de Tolosa sean raras excepciones.

Opinaba el marqués de Molins que Don

Francisco de Quevedo, en su época, representó él solo la prensa de oposición. Ya sabemos que hartas veces representó la ministerial; sin embargo, encierra gran verdad el aserto del marqués, sobre todo aplicado á los últimos años de la vida de Quevedo. No ha de olvidarse que, cuando de Quevedo se afirma alguna cosa, también generalmente se puede afirmar la contraria, y acierta Merimée al contar entre los rasgos más salientes de la fisonomía literaria de Quevedo la diversidad de la inspiración, la movilidad genial, el *proteísmo*. "Abramos—dice—sus obras ascéticas; recorramos sus poesías religiosas; no hay moralista que hable lenguaje tan austero; no hay filósofo que tenga de la virtud idea tan alta; es el sabio, el santo, el asceta, y comprendemos que en vida, y hasta en muerte, por tal le tuviesen sus contemporáneos. Mas prosigamos la lectura; lleguemos á los opúsculos y á las poesías burlescas, y nos herirá con dolor la grosería del pensamiento, el cinismo de una

expresión buena sólo para rufianes. Y las contradicciones de Quevedo no se limitan á la forma. Si el autor de la *Politica de Dios* se expresa con libertad ya singular en su época; si, mejor aún que sus escritos, prueban sus actos que sabía sacrificar tranquilidad, fortuna y vida al público interés, á las primeras de cambio gira la veleta, y le vemos cortesano, adulador y rastrero.

Única explicación del enigma, es esa clave universal de los caracteres históricos, el medio ambiente. Si el satírico adula y derrocha incienso; si el político transige y se blande, es que les envuelve, mal de su grado, la ola de corrupción y mentira, el rebajamiento común, el aire letal de disimulo y complacencia.

No obstante, y aunque siempre se observen contradicciones en Quevedo, es innegable que en la edad viril aparece más cortesano, halagando al poder so color de sátira — píldora al revés, en que el acibar oculta la capa de oro — y al ir declinando por el árida pendiente de la vejez,

diríase que se temple su espíritu, que la verdad le rebosa de la pluma, y que secreto instinto le lleva á buscar la expiación durísima de los calabozos de San Marcos.

Hay un instante en que las posiciones más altas, las famas y glorias más esplendentes, sufren rudo embate y recia arremetida: un momento en que la fama y la honra, antes reconocidas por unanimidad, se ponen de nuevo en tela de juicio y se regatean avaramente, como en los primeros días de conquistarlas: instante crítico, de abatimiento mortal para las almas sensibles y desconfiadas de sí mismas, que necesitan la simpatía y la aprobación, y no conocen la fuerza del altivo desdén, ni la serenidad magnífica del orgullo. En esa infalible hora de agonía, se desencadenan furiosas ciertas pasiones profundamente humanas, — la envidia, la antipatía intelectual, el instinto igualitario, que alguien ha comparado, no sin razón, *al vértigo de las alturas*, — y se desatan rugiendo la sátira, la diatriba y el insulto. Para

Quevedo, con más razón que para nadie, sonó tal hora: las cañas se volvieron lanzas, y lanzas sedientas de herir. Sus genialidades eran muy propias para enajenarle el afecto de sus colegas; le sostenía el miedo general á su venenosa pluma; pero si un escritor más animoso llegaba á perderle el respeto, era preciso que los demás le acosaran como perros rabiosos: así sucedió punto por punto.

Añejas ya las rencillas con Góngora (á quien Quevedo acusara de irrevente para el idioma, como si él, á su manera, no lo tratase con mayor desenfado que el vate cordobés), el espíritu del difunto autor de las *Soledades* revivía, más airado y vengativo, en el Doctor Juan Pérez de Montalbán. No se alzaba éste ante Quevedo cual apasionado detractor, ni cual Aristarco riguroso, sino como sañudo enemigo personal, enconado por ofensas de las que no se perdonan, animado de odio corso é inextinguible sed de venganza. Respecto á la enemiga entre Montalbán y Quevedo, no andan contextes los bió-

grafos del gran bufón, Fernández Guerra y Merimée. Perseverante Don Aureliano en su tendencia apologética, ve en Montalbán al hombre movido por un resentimiento privado, — la condena judicial contra su padre el librero, por la edición fraudulenta del *Buscón*, — y califica de “maniobra hipócrita,” los elogios de Montalbán á Quevedo en el *Para todos*, mientras solapadamente gestionaba echarle encima al poeta el peso del Tribunal de la Fe. El crítico francés entiende, por el contrario, que no se justifica la rabiosa acometida de Quevedo contra Montalbán; que no hay fundado motivo para dudar de la sinceridad de las alabanzas de éste, alabanzas que el satírico pagó tratando á Montalbán de plagiaro, sandio é hipócrita, y concitando á su vez, sobre la cabeza del Doctor, los rigores de la Inquisición, — todo lo cual se demuestra en varios pasajes de la *Perinola*, cruenta y desolladora sátira con que respondió Quevedo á los lisonjeros juicios de Montalbán, que no sería ciertamente

escritor de primer orden, pero sí muy distinguido.

Sin terciar en el debate, digo que en materia de pasión, encono y malevolencia, Quevedo no necesitaba lecciones, y que la *Perinola*, si no justifica, explica cualquier desquite. Fuese por lo que fuese, Montalbán trataba cortés y suavemente á Quevedo, y Quevedo replicaba publicando aquella filípica horrible, donde se desborda, no su generosa musa, sino un torrente de hiel, la más amarga que jamás destiló pluma alguna sobre el buen nombre de un autor; mejor dicho, de varios, porque en el vejamen de la *Perinola* danza, no sólo el nombre escarnecido de Montalbán, sino los de muchos prosistas, sabios y poetas, marcados—como verbigracia Pellicer,—con el hierro candente de la infamia, con nefando estigma, ó con siniestro borrón, — como el Licenciado Tamayo. — Se me dirá que así corrían las polémicas literarias en tiempo de Quevedo, sin escandalizar á nadie. No lo negaré, pero al menos convenga-

mos en que no sale bien librada la cristiandad y caridad de un tiempo que sufría tales espectáculos. A veces doy en sospechar que pecamos de rutinarios, al admitir que todo se explica por el tiempo en que ocurre. No: en todo tiempo hubo gente desfachatada y gente delicada y pundonorosa. Tengamos en cuenta el proceso histórico, pero no perdamos de vista, para juzgar, el eterno criterio de dignidad á que han de ajustarse los actos humanos. No se han de llamar ciertos pasajes de la *Perinola* desenfados, sino desvergüenzas. Sólo el cariño que nos infunden nuestros autores favoritos puede mover á tan morigerada persona como Don Aureliano Fernández-Guerra, á llamar á la *Perinola* *finá sátira*.

¿Qué mucho si después del latigazo de la *Perinola* fué capaz de asociarse Montalbán, no digo con Fr. Diego Niseno (compañero de paliza) y otros émulos de D. Francisco, sino con el mismo Lucifer en persona, para cobrar ojo por ojo, escribiendo la *Justa venganza*, y escudriñando la vida

de Quevedo como él había escudriñado antes la de los demás, respondiendo á lo de *hijo de librero* con lo de *capigorrón* y *miserio porcionista*; á lo de "bobo de la comedia", con lo de "familiar y mozo de entretenimiento del duque de Osuna"; á lo de "calabaza", con lo de "mereader de cargos y oficios en Nápoles"; y, en fin, á lo de deberse borrar ciertos pasajes de Montalbán "con un carbón del brasero del Santo Oficio", denunciando á Quevedo por "ateo", para que le hiciesen perecer nada menos que en patíbulo afrentoso? La cizaña, sembrada por Quevedo, crecía y le ahogaba. No sin motivo, en aquel período de la vida de Quevedo, recién publicada la *Justa venganza*, cuatro años después de haber sido prohibidas sus obras por la Inquisición, y cuatro antes del cautiverio, se alzó contra el poeta gran clamor, y volaron infinitas copias de los peores vejámenes, sátiras y libelos en que se le clavaba en la picota. Ya no era sólo la batalla literaria á tajos y mandobles de pluma de ganso. "Otros más hábiles en

el arte de conspirar — dice Guerra — cizañeaban á la vez en palacio, en los tribunales de justicia, y con mayor ahinco en el de la Fe, secreto en sus pesquisas y terrible en sus fallos. El conde duque de Olivares y los áulicos juzgan deslucido para siempre á Quevedo y hecho ludibrio de las gentes. Trátanle con desabrimiento y desdén cuando oyen al Padre Niseno predicar contra él una cruzada en el púlpito el mismo día en que, celebrándose las exequias de Montalbán, debieran resonar palabras de perdón y de piedad delante de un túmulo y en las bóvedas de un templo.

Manos blancas no faltaban en el negocio de la pérdida del poeta. También le empujaba al abismo el rencor de una mujer galante, groseramente insultada, y, como hembra, firme en el aborrecer. No cabe ser por sistema áspero, acedo, maligno, sin llevar el mismo pago. Recordando una frase muy justa de Cánovas del Castillo sobre Colón, diremos que el que se hace enemigo de todos,

mal puede tener la razón de su parte. Un día tras otro, la cólera encrespada fué avanzando, y llegó hasta los piés del trono. "Lo que respetó la Inquisición — escribe Guerra — fué juguete de la saña facinerosa de un valido; la voluntad del poderoso no tiene, como la mar, playas que la contengan."

Si hasta la hora fatal había sido Quevedo cortesano disfrazado de satírico, al llegar á la edad del ocaso, del medio siglo corrido ya, se le impuso, por decirlo así, la noble ambición de sacudir el disimulo y hablar claro y alto. Quizás, al ir retirándose de él el favor, entróle menosprecio; al sentir la versatilidad de los grandes, entróle indiferencia. Acaso á última hora le roía la conciencia la responsabilidad póstuma, que avisa al genio de los deberes que tiene que cumplir. Sus ojos se nublaban de dolor al observar el decaimiento de la patria, y la segunda parte de la *Política de Dios*, la *Hora de todos* y la *Fortuna con seso*, ya retan con arrogancia á Olivares y al mismo Rey, y los

emplazan á fijar la consideración en los males de España, en los dolores del otro *cuerpo enfermo*. Y como el Rey, siempre distraído é indolente, siempre fatalista, no diese muestras de importársele tal cosa, resolvió Quevedo apelar al arbitrio romántico utilizado en nuestros días por los nihilistas rusos. Escribió el *Memorial* tremendo, donde, por boca de un "anciano pobre, sencillo y honrado", describía con negros colores la ruina y desastre de la nación; la agricultura exhausta por los tributos; el suelo esterilizado por la carestía; los caballeros sin tener para echar carne en la olla; los pecheros sustentándose con tronchos de coles; las familias hambrientas mudas ante el hogar sin lumbré; el advenedizo extranjero encumbreado y postergando al chapado español; la desesperación impulsando al pueblo al robo y haciéndole despreciar la horca; los cargos perpetuos vendidos; los templos despojados de sus vigas para armar tablados de fiesta; San Isidro sin ermita, mientras se alzan suntuosos los palacios

del valido; vendido el arado del labrador para forjar balcones de hierro al Rey; la regia púrpura teñida con la sangre del pobre. "¡Oh, Filipo—añadía el poeta—mal puede lucir la cabeza si está desnudo el cuerpo! ¡Grande eres, Filipo, á manera de hoyo, que cuanto más le quitan más grande se hace!." Este *Memorial*, unido al no menos picante *Pater Noster* glosado, que empieza así:

«Filipo, que el mundo aclama
Rey del infiel tan temido,
Despierta, que por dormido
Nadie te teme ni te ama;
Despierta, rey, que la fama
Por todo el orbe pregona
Que es de león tu corona
Y tu dormir de lirón;
Mira que la adulación
Te llama con fin siniestro
Padre nuestro...»

fué deslizado bajo la servilleta del Rey, que, al desdoblarla, gustó, en vez de la comida, el acibar de invectivas tan fieras. La voz que le hablaba de la ruina pública insinuaba á la vez cosas siniestras y lúgubres, tan graves como las referentes á la

muerte del príncipe Carlos, hermano del Rey; y, en suma, recordaba á Felipe IV que él no era sino fantasma de la realeza, coronado maniquí á quien tiraba de los hilos el valido, enorme sanguijuela repleta de oro y sangre.

Acaso fiaba Quevedo en que Olivares, que habia perdonado el retrato de *La hora de todos* y las sátiras de *La isla de los monopantos*, no parecía hasta entonces dispuesto á formalizarse con el poeta. El escondite en la servilleta del Rey colmó la medida. El Conde Duque sufría y aun desdenaba cuanto se dijese contra su persona, pero castigaba sin misericordia lo que al Rey alcanzase; y cierta glacial noche de Diciembre, Quevedo fué arrancado de su lecho y de la casa del duque de Medinaceli casi en paños menores, después de haberle registrado y recogido todos sus efectos y papeles,—no sin que mediase entre él y el alcalde de corte Don Francisco de Robles un donoso diálogo.—Transido de frío y sin abrigo fué metido en un coche; del coche trasladado á una

litera de camino y con escolta de ministros, que, sin perder jornada, dieron con el preso en San Marcos de León. Pocos días después escribía Quevedo en su peculiar estilo á Adán de la Parra, diciéndole que "escoltado de los corchetes de la injusticia y de los soplones malandrines, llegué á tomar clausura sin vocación á este convento del evangelista de los cuernos".

No ha muchos días que, pensando en las vicisitudes del destino de Quevedo, detúveme ante la fachada de San Marcos de León, mirándola con el interés que despiertan las paredes que encerraron grandes dolores. No hay cosa menos parecida á una prisión que la espléndida morada de los caballeros santiaguistas. Dorada la piedra por el transcurso del tiempo, ofrece como molduras de riquísimo arcón plateresco los profusos y complicados adornos que la bordan; lujo inaudito de columnas, nichos y repisas de curvo follaje, primorosas gárgolas y calados antepechos, frisos de querubines alados y

blasones de veneras de Santiago, transparentes rosetones y pilastras esculpidas, y ciñendo todo el frontispicio, como soberbio collar de camafeos, cadena de pujantes medallones, de vigorosas cabezas que quieren salirse de su encierro y vivir y respirar. Más que prisión ó convento, es San Marcos regio palacio. Esta impresión me producía en las últimas horas de la tarde, y realizaba su magnificencia la apacible amenidad del paisaje, con sus gentiles hileras de altos olmos, que se yerguen festoneando el curso del Bernesga. Di la vuelta al edificio, y por la parte que mira al río acerté á divisar aposentos bajos y lóbregos, con negras rejas, y uno de abovedado techo, desmantelado, inmundo, sombrío como un pozo veneciano. El fastuoso edificio podía ocultar en sus entrañas el horrendo *in pace*. Empecé á comprender mejor el postrer período de la vida de Quevedo. Allí, en fétida mazmorra, con la humedad del agua que subía á impregnar sus huesos, fué donde el Job de la sátira sintió pasar, en medio del si-

lencio nocturno, el misterioso soplo divino que eriza los cabellos y estremece las carnes.

En el *Epistolario* de Quevedo, que forma parte de la edición de sus obras en la Colección de Autores Españoles, pueden seguirse paso á paso las fases que recorrió en la prisión su espíritu. En opinión de Merimée, no conviene dar por auténticas todas las cartas; mas como añade que en ellas nada se contiene que por otros conductos no fuese ya conocido, bien podemos aprovecharlas, pues hasta las más dudosas siempre tendrán el mérito de concretar la verídica historia de la memorable última etapa de Quevedo.

El gran satírico ingresa en la prisión chancero y bullicioso, regocijado,—á despecho del frío, del susto y del incómodo viaje—con el casi familiar episodio de un encierro por causas políticas. Diviértente la admiración y cautela con que le reciben los frailes “temerosos de ver ura alimaña”, y le provocan á risa las narices del prior, “que pueden servir de

paraguas á toda la comunidad muy reverenda”. Tan ajeno está de temer que vaya de veras lo de la prisión, que dice como al descuido, hablando de sus buenas relaciones con los Padres: “Creo que he vencido, y que no lo deberé pasar mal el corto plazo que me tengan en penitencia.” “La olla—añade—es buena..., con que creo que no lo pasaré tan bien como vuesa merced, pero sí mejor que el que se muere de hambre.” Sin gran urgencia encarga á su corresponsal, Adán de la Parra, que curioseee algo “de sus pecados y de la penitencia que le deparan.”; añadiendo con alarde de festivo humor: “Si no cortan las alas á mi pluma, allá irán correos que le informen de mi buena suerte, esperando que no me olvide por verme enjaulado.” Quizá en los primeros momentos, al verse rodeado de la benévola comunidad, no mal alojado, con sabrosa olla, con descanso y vagar para sus estudios y lecturas favoritas, imaginó Don Francisco llevarse gratas memorias de la jaula monumental, labrada como